

TEXTOS PARA UNA APROXIMACIÓN A LA POESÍA ACTUAL EN CANARIAS

Textos Tex

La reciente lectura de tres libros, en donde se muestran poemas de jóvenes autores, permite un comentario sobre unos cuantos rasgos que, si de procedencia diversa, coinciden en suficientes puntos como para pensar en un ámbito poético de coordenadas análogas. Dejemos claro que cada poeta ocupa su sitio, aun cuando unos pocos similares rasgos poéticos se aprecien como comunes en todos. Se incluyen aquí dos poemarios publicados por Ediciones La Palma, uno, *El relato del cartógrafo*, y otro, *Altamarinas*, de los tinerfeños Ernesto Suárez (1963) y Víctor Álamo de la Rosa (1969), respectivamente. Se estima, además, el libro publicado por el Cabildo de Lanzarote, bajo cuyo título, *Poetas sobre el Volcán*, se reúnen unos cuantos poemas de los grancanarios Tina Suárez (1971), Federico J. Silva (1963), Pedro Flores (1968) y Alicia LLarena (1964).

De la modernidad ha nacido el tipo de un poeta que aspira y lucha por situarse en el centro de todo lo nombrado. Él se quiere como único centro, la especial existencia sobre la que debe imprimirse exclusivamente el sello de todo lo que también existe. Ello es uno de los tantos síntomas que definen la modernidad literaria. Los poetas tratados sobrepasaron ya la línea de la vaga postmodernidad y se sitúan en esa parte a la que muchos críticos quieren bautizar con la voz poco atractiva de *ultramodernidad*. A tenor de lo oído, tal término se va imponiendo como el nombrador del último recodo de este nuestro viejo siglo y milenio. Para sentir mejores sensaciones, digamos que estamos hablando de poetas que se han situado más allá de lo postmoderno.

Ernesto Suárez

EL RELATO DEL CARTÓGRAFO



MINISTERIO DEL AIRE

TEXTOS PARA UNA APROXIMACIÓN A LA POESÍA ACTUAL EN CANARIAS

A veces se presiente que aquella buscada solidez puede lograrse. Y entonces el poema invita, con lenguaje templado, a un viaje de itinerario sereno. Los poemas de Alicia LLarena y los de Ernesto Suárez disfrutan por ese camino. Otra ruta bien distinta la emprenden los restantes poetas, cada uno de ellos reteniendo consigo un peso que soportan escépticamente, o con mesurada sonrisa e ironía, o con solitaria o monologal tragedia.

Hugo Friedrich ve en el fragmentarismo uno de los rasgos definitorios de la lírica moderna. Lo entiende como un procedimiento que toma fragmentos del mundo real y después los reorganiza cuidadosamente en el poema. El cuidado por parte del poeta consistirá en dejar lejanas unas de otras, marcadamente diferenciadas, las áreas de fractura. Así se consigue intensificar el fragmentarismo. De ese modo y por tal procedimiento toda la realidad aparecerá desmembrada: "un montón de imágenes rotas" -como apuntaría Friedrich sobre los rasgos poéticos de T. S. Eliot-. Con esas imágenes incompletas se pretende apuntalar las ruinas. Ese fragmentarismo determinará un modo expresivo.

Pero un poema, por demasiada fragmentación que haya ofrecido siempre podrá ser contextualizado. Esa modalidad expresa unas realidades latentes que van más allá de la presencia de una sintaxis quebrantada. Quiere comunicarnos algo cuya causa hay que hallarla en la cara oculta del poema. Desde el inicio de la modernidad el poeta ha querido extender sus sentimientos hacia las cosas próximas, hacia los otros o hacia un lejano misterio. Y como se dijo, quiere ser y se siente el centro de todo. El fragmentarismo del poema es el síntoma de una impotencia, el presentimiento de una derrota de índole existencial. Pero el poeta, en las puertas del siglo XXI, no quiere darse por vencido; no, sin antes presentar una última batalla con un arma en la que deposita toda su confianza: la palabra poética. Ve en el camino de la poesía la única salida posible para el regreso o el redescubrimiento del paraíso. Confía en que la palabra restaure por lo menos o conceda momentáneamente una visión de la realidad perdida y la enteriza realidad de su propio ser.

El poema puede presentarse fragmentado, efectivamente; pero eso no le impedirá trazar secretas líneas capaces de atar lo suelto y de totalizar y conceder plenitud a tantos trozos que, de modo espontáneo, se habían ido presentando. Dos son los temas que se invocan para el logro de la unicidad buscada: el tema del viaje y el tema amoroso.

El viaje como búsqueda y como factor de cambio y de transformación. El objetivo es lograr un conocimiento que, partiendo de sí mismo, llegue a encontrarse consigo mismo. Encontrarse entero y verse total. No será el poema el que lo descubra en forma de un final, sino que se le irán revelando las grietas durante la andadura por todo ese proceso y ejercicio poético. Asimismo, el viaje hay que entenderlo como un modo de vivir con intensidad lo desconocido e imprevisible.

A veces esa búsqueda quiere concretarse amorosamente. El tema del amor impulsa también al cambio, así se manifiesta el sentimiento de un modo placentero, o bien se le reconozca por el lado trágico. Porque, o llena de luz o sumida en el dolor, la conciencia se tensa y apasionadamente vive en vilo. En el primer caso, el poeta idealiza el amor y lo consagra, es decir, religa el sentimiento a lo sagrado, a algo que está más allá de él. Se exprime al máximo las sensaciones y todo el imaginario del cuerpo para llevar al poema hacia la zona de un erotismo vitalista.

La aldea global impone mensajes de imágenes atractivas pero sin tiempo a ser afectivamente interiorizadas. Zigzaguean como rayos, poderosos y súbitos; con el mismo poder que se encienden, con idéntica rapidez desaparecen. El poeta, que nunca pierde el atributo de imaginar, se deja llevar por los efectos de las imágenes; que ya no son imágenes idealizadas por su sentimiento, sino propagadas por la publicidad que campa en el mundo exterior. No hay consagración de emociones sino figuras manifiestamente sensualizadas. Pero se realiza un viaje también hacia esa sombra codificada que se ofrece. El lenguaje publicitario invita al poeta a imponer su código estrictamente corporal y parcaamente expresivo. Aquí no hay nexo íntimo; se desacraliza el tema, se vulgariza y desmitifica con perjuicio para un

sujeto que, en el fondo, mantiene su fe en los grandes relatos.

Poetas sobre el Volcán

Tina Suárez empieza con este verso: "me sabes a cadáver exquisito". Una vez que ha escrito los restantes, indica al final del poema que el poema leído es un fragmento. Si lo publica así es porque ella le supone, a tan breve pieza mostrada, una realidad autosuficiente y con categoría como para pasar por una unidad. El resto de los versos que vienen añadirían nuevas significaciones, impondrían acaso otro sentido y otra forma de ver y de interpretar lo leído. Por lo pronto, estos dos rasgos ya señalados inducen a pensar, por una parte, en una concepción poética que pudiera serle próxima: el surrealismo. Y, por otro lado, el trozo del poema puede probar su entrada en aquel fragmentarismo ya aludido. Percibimos en sus textos, además, una complacencia en la palabra. Un gusto en lograr insólitos maridajes, un híbrido de lenguaje cotidiano y jerga matemática. Sentimiento y cálculo, poesía modelando operaciones numéricas que bien podrían dar como resultado una "aritmética", tal como titula a uno de sus poemas. La vieja asignatura que torturaba infancias puede perfectamente prolongar su léxico a condición de que inscriba en él los sentimientos actuales que embargan hoy a la poeta. Un lenguaje que, si matemático, trasladará las desazones y anhelos del presente. Y Tina Suárez lo expresa con suavidad o energía, introduciendo palabras nuevas, como si le debiera (supuestamente) un homenaje a César Vallejo. Fragmentarismo, frases cortas y, contiguas a ellas, otras más cortas. Cortándolo todo un léxico que busca llamar la atención sobre sí mismo, sin apenas medios o espacios para ligar una idea con la palabra siguiente.

Federico J. Silva realiza travesía análoga a lo ya mencionada anteriormente. Lectura de otros libros suyos pueden confirmar a este autor como una presencia firme en el marco de la poesía actual. Emplea la ironía y puede mostrar de modo mil todas sus caras. La distancia irónica que impone en el poema, en este caso, no es el olvido: versos de nuestra rancia y memorable



literatura se desentieran y son recordados en este final de siglo y milenio. Acuden los versos para firmar ahora en los poemas de Federico J. Silva su universalidad. Para hacer ver que las ideas que definieron al ser humano y a una historia pasada pueden convalidarse hoy gracias a la intervención poética. Cada palabra es un valor que se angarza con otro y se guarda en el estuche sutil de las ideas. Vida, camino y río; como también la otra cara, la del mar, la de la muerte, todo se agrupa en una existencia que viene y va en busca de la palabra.

Pedro Flores quiere viajar hacia sus orígenes. Su ser ha venido al mundo gracias a una confluencia de azares que llamamos historia. El poeta ha tomado un compás con el fin de saber la situación en este mapa del tiempo. Finca fuerte la punta del artillugio y dice aquí empecé: "extremeños de desolada frontera". El lápiz del compás señala al poeta. Es una operación de reconocimiento que va de la raíz a la cabeza, pasando por el corazón. Parece decir que al ser humano lo mide y lo determina el tiempo y que, tarde o temprano, el tiempo se encargará de infundirle razones y sinrazones que lo marcarán cultural, histórica, existencialmente. Ralatará un viaje por el tiempo, o un viaje mítico. En cualquier caso importa el conocimiento del camino y pasa a secundario el caminante. Penélope y Odiseo pueden perfectamente invertir sus papeles. Quedarán preservados los temas del viaje, del amor, del ansia, de la ausencia. Los personajes se ponen a la sombra de la función y del símbolo. En estos asuntos todo concurre: pasado y presente, amante y amada y los diversos nombres con los que llama el amor. Todo eso se va siempre hacia el fondo de un sujeto que, inconteniblemente, se siente impelido a expresarlo.

Un fuerte impulso hace que los poemas de **Alicia LLarena** necesiten amplitudes máximas por donde extender los versos y descargar su energía.

Esta poeta no da pie a la desmembración. Concibe el poema como un largo aliento, como un bloque formidable sobre el que pueda inscribirse los signos que revelarán la concepción de su universo interior. **Uu mundo interno** encendido por un deseo que busca playas, cuerpos, un amor donde poder propagarse ella misma. Las sensaciones son las fuentes de una sensibilidad que va a

poemas sensuales, pero ¿todo es o queda en la sensualidad? Esa experiencia tiene un destino: conocer la realidad de las cosas y de los seres y del mundo. Su intención es dar con las claves que consigan equilibrar la realidad exterior con la conciencia de la poeta. En tanto el proceso de amor dure, la realidad desprendida será luminosa, benéfica. Extinguida la hora de los dos cuerpos reaparecerá la realidad con las muestras de su fuerza irracional, amenazante y aterrorizadora.

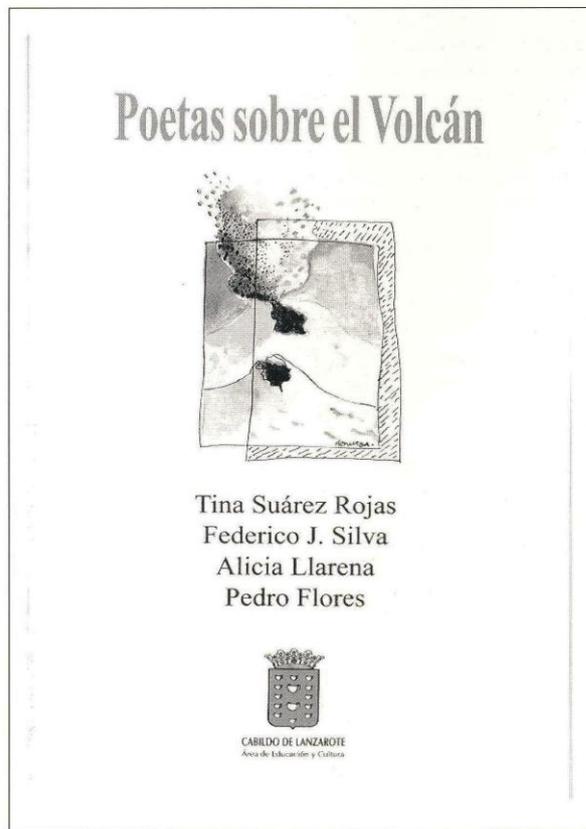
El relato del cartógrafo

Llama la atención que la sensibilidad poética de **Ernesto Suárez** situara en el título de su poemario una palabra, *relato*, que rige a la que está acompañándole. Se espera, en consecuencia, un desarrollo de acciones que, de principio a fin, acontezcan en el interior del poeta. Pasaría a un segundo término la representación descriptiva de los relieves que conforman una masa exterior.

¿Qué trata de ordenar el sujeto lírico? ¿Desde dónde? Quiere ordenar un presente a base de unas vivencias elegidas. Quiere levantar los perfiles de un imposible: el presente carece, en principio, de sentido. Todas las épocas reproducen una conciencia que cree hallarse en el peor punto y final de esa

época. Más allá esperaría un espacio en blanco hacia donde se proyectan deseos y temores, condenas y gozos.

Pueden haber hogueras que arden y, sin embargo, no existir. Una contradicción así, en poesía, es mera apariencia. Si del mundo interior es de donde surge la llama y la pasión que todo lo incendia, el recuerdo de esa pasión ya vivida, y ya perdida, puede seguir quemando en el presente. Arde y no existe. Todo se interioriza gracias al sentimiento y a la palabra que lo conduce y mantiene. El poema es un viaje hacia dentro y, como tal, un "viaje hacia lo incierto".



preñarse de sentimientos. Los poemas de los compañeros anteriores partían de una idea, y la iban rodeando de palabras y de frases, algunas reconocibles en otras voces poéticas, otras se inventaban con urgencia sobre la marcha. Así se construía el poema: de una idea, de una clave comenzaban a nacer los versos, las imágenes, las sensaciones, el sentimiento. Alicia Llarena amanece inmediatamente con algo en las manos: tacto o luz o perfume o sabor dulce. Y tras esas sensaciones se activa una voluntad de creación, de crear un cuerpo con el que, igualmente, amanecer. Hablamos de

TEXTOS PARA UNA APROXIMACIÓN A LA POESÍA ACTUAL EN CANARIAS

Ernesto Suárez nos dice que las palabras en el poema no son palabras. En el poema se gesta el milagro de una conversión; la palabra no conduce a una realidad concreta sino a realidades levantadas por el misterio. Son cosas de leyenda: el resultado de una correspondencia entre mundo interior y mundo exterior; tal como una cartografía asienta, representa y nombra los accidentes del mundo físico.

La poesía funda un territorio al que desgarran con obstinada saña las tres heridas por las que sangran un gran número de poemas. Son las heridas que nombrara Miguel Hernández: la del amor, la de la muerte, la de la vida. Heridas excluyentes, porque una rueda las mueve incesante y van poniendo en alza alguna de las tres; y según dominen se apoderará un sentimiento de plenitud o de vacío. El gozo del día, las fibras alegres del ser cubren determinadas parcelas y ponen a salvo, por un momento, en unos pocos versos, el gran milagro de sentirse vivo o de amar.

El viaje por tierra o mar representa una vida que se encamina a la muerte y que sólo el golpe de la pasión -del amor- puede distraer a la conciencia y alejarla de esa ruta fatal, aunque sea momentáneamente. No es de todos modos una meditación sobre la vida y la muerte, o sobre el amor y otras pasiones que arrastran al cuerpo y al alma. Si así hubiera sido los poemas del libro hubiesen quedado fuera de esa intención "relativística" con que el poeta ha querido cartografiar sus emociones. Una cartografía levantada con palabras y en donde se ha trazado un continente de sensaciones que obedecen a una cronología, a una suerte de diario que intenta relatar un estado de ánimo en permanente modificación. Los poemas se harán estelas de otros poemas para ir aunando un recorrido vital sobre el que se navega a contracorriente. Va al encuentro del amor fértil, acaricia a la mujer fecunda y celeste. Entre los muchos sueños de luz a veces brota una pesadilla fácilmente vencida. Quiere sentir la plenitud y la alcanza. Acaso sea un instante efímero pero en él se le revelará la mañana del mundo. No acaba así el relato: esos momentos fértiles son sólo tiempo que se ha conseguido crear al exprimir imaginaciones, sueños y memorias. La palabra le ha concedido el privilegio de volver a renacer.

Una vez se sale del ámbito creador se incorpora el hombre de nuevo a su tiniebla. Desaparece la mañana. Se cierra la memoria y calla la voz que hacía surgir los mundos claros, el cuerpo desnudo. Sólo queda el recuerdo, inmaterial, y el dulce sabor a punto de olvidar la realidad que se ha conseguido tocar poéticamente.

Altamarinas

Permitan antes de presentar a **Víctor Álamo** el comentario sobre algunos motivos; por ejemplo, el cuerpo. El cuerpo puede dejar de ser cuerpo y, en poesía, como imaginaba Ortega, convertirse en la gran metáfora del alma. Así, el cuerpo es un medio adecuado para adentrarse en el mundo interior y resaltar, de ese modo, los espacios íntimos o el paisaje mismo del mundo en los primeros días de su aparición.

O puede ser como el del *hombre aproximativo*: "un montón de carne ruidosa y de ecos de conciencia." Una carne que se "mueve en las nieblas de las castas edades." Ha pasado el tiempo a millones y el gran peso del tiempo ha borrado y enterrado el misterio. La poesía se dirige hacia ese lugar en donde el misterio ha sido. El poema pretende desenterrarlo. Y la conciencia desea extenderse sobre todo. Y todo se erotiza en *Altamarinas*: cuerpo o naturaleza o tiempo. Un intensidad erótica y sexual que correlaciona a todos los puntos mencionados con la infertilidad. La noche no es fértil, pero el día tampoco. El fuego simboliza pasión a condición de que vaya ligado a la vida. Cuando se junta a la muerte el resultado es ceniza, el gris.

Dominará en los poemas el tono trágico, el nihilismo. No habrá en el amor símbolos de vida o signos de placer o arrobamiento. La relación de los cuerpos pasa a ser, con el notable poder que Víctor Álamo concede a la palabra, un duro, sucio y sórdido ejercicio en el que se adivina un único superviviente. En ese marco no habrá reconciliación posible. La carne no es bálsamo, ni ternura ni realidad con la que fundirse. Es, al contrario, un caos, un camino escarpado. Acaso sólo quede una esperanza en la memoria, en las vivencias que acunaron alguna vez el placer y la ternura. Y el futuro, ¿qué? Pide olvido, que el tiempo por

venir sea el enterrador de aquel fuego que, recordado, hiere y angustia. Hay que calmar el fuego bañándolo en el recuerdo. ¿Pero a dónde conduciría esa operación? Al vacío, a la nada, a la sombra, a los fantasmas. Solamente cabría una solución a este problema que encadena a la existencia: renacer. Renacer en el punto primero del mundo. Aquel en donde la naturaleza se mantenía incorruptible. Hacia esa orilla quisiera embarcar. Hacia la orilla de la memoria o de la imaginación en donde quedaron depositadas las primeras luces, las luces puras, acaso el inigualable amor que hoy es herida.

Pero no hay nada que lo alivie. El amor, que habría podido ser una fuerza redentora, se ha vuelto un sentimiento agónico y aniquilador. Se saca de él lo animal y lo instintivo. No extraña que el objeto de deseo se muestre como un monstruo femenino: la sirena. La sirena que, según expresa en un poema, es la tristeza; en cualquier caso, figura de mujer, atractiva y fatal, hermosa y cruel que entrapa y llama a la muerte.

Hay otras heridas. La Naturaleza puede ser fuente de gozo por donde se esparce el espíritu, pero también instrumento de destrucción. El sol rompe; la lluvia acuchilla: todo los símbolos de la fecundidad vulneran la conciencia del sujeto. La virgen se quema la vulva, el fuego no es amor sino un remedio para restañar con dolor la herida. La mar se enferma y todo desemboca en orillas equivocadas.

¿Por qué toda esta constelación de oscuridades? Acaso porque se ha confiado en que la poesía devuelva los paisajes vitales que están depositados en la memoria de la Humanidad. ¿Puede realizar efectivamente esa empresa la palabra poética? Y, en caso afirmativo, ¿cómo? Pudiera atraer ese mundo perdido mediante las imágenes. Imágenes de un viaje en busca de sensaciones. El sujeto lírico de *Altamarinas* ha confiado en esa sensualidad que le podía servir de puente. Y ahí se encuentra la razón del fracaso. Los cuerpos atraen como sirenas y se interponen en ese viaje que debía realizarse con un objetivo: encontrarle a la existencia un sentido. El cuerpo no ha dejado nunca de ser cuerpo, y no ensayó sentirse alma.

Sólo queda un asidero: la palabra. Dijo también Tzara: "Todo lo que uno

mira es falso." Demasiados son hoy los que desconfían también del lenguaje. ¿Acaso puede el lenguaje, en este u otros libros, traer al presente los paisajes inau- gurales del mundo? Es imposible. No hay medio capaz de trasladar al hoy ese inmensamente espacio y tiempo. Pero si el lenguaje no define los límites del mundo, sí que es una actividad el lenguaje. Y en esa actividad, poética y creadora, es donde vislumbramos ciertos rasgos esperanzadores. Por la palabra el mundo consigue una distinta imagen. Ya la realidad no se concibe en la conciencia (o el subconsciente) agónico del sujeto, sino en la palabra que va encadenando mundos que no responden a cuestiones de verdad o mentira, de gozo o de dolor. Sólo responden al hecho mismo de la creación poética. Y, efectivamente, Víctor Álamo, libre de toda sombra existencial, pudo infundir una vaga concepción "creacionista" en algunos de sus poemas, gracias a lo cual encontró una cierta y templada serenidad.

Víctor Álamo de la Rosa

ALTAMARINAS



MINISTERIO DEL AIRE